SUPLEMENTO ESPECIAL DE Página|12 25 DE MAYO DE 2013

Diez años

Presidencia

Otra Argentina

Escriben:

Eduardo Aliverti / Ricardo Aronskind / Luis Bruschtein / Ricardo Forster / Horacio González / Martín Granovsky / Eduardo Jozami / Damián Loreti / Edgardo Mocca / María Pía López / Eduardo Rinesi / Sandra Russo / Claudio Scaletta / Washington Uranga / Mario Wainfeld

AFP

El final de la transición

POR LUIS BRUSCHTEIN

El kirchnerismo anunció el final de la transición que comenzó Raúl Alfonsín. Son las dos puntas del camino. Es al mismo tiempo el final de ese tránsito y el comienzo de un nuevo ciclo. No hay un camino de vuelta a un modelo de apariencia democrática como el que aparecía en forma intermitente, entre los gobiernos militares del siglo pasado. Es un nuevo esquema, con nuevos paradigmas y diferentes reglas de juego.

En el siglo XX las democracias eran esencialmente inestables. Y esa fragilidad respondía a que además de las instituciones formales había una trama de poder de hecho, un bloque fuertemente consolidado, que gobernaba al mismo tiempo que el esquema institucional. Era una sociedad con dos esquemas de gobierno simultáneos.

Cuando permitían votar, se votaba, había un presidente, el Parlamento y el Poder Judicial. Pero para tomar decisiones ese gobierno tenía el margen estrecho que le dejaba la otra estructura de poder a la que no votaba nadie y estaba en forma permanente, bajo gobiernos "democráticos" o con dictaduras militares. Esa forma permanente de gobierno era una alianza de hecho, entre el poder económico concentrado, la Iglesia, la embajada norteamericana y las Fuerzas Armadas.

En la época de la Guerra Fría, Estados Unidos consideraba a América latina su patio trasero y veía a cualquier gobierno popular o progresista como potencial enemigo y aliado de los soviéticos. No había líneas de integración de ningún tipo entre los países de la región y la política exterior se decidía a partir del vínculo primero con Gran Bretaña y después con Estados Unidos. Muchos de los cuadros militares se formaban en escuelas de ese país. Las invasiones y los golpes fueron las herramientas impulsadas por Washington en el siglo pasado contra cualquier gobierno popular o progresista que surgiera en el continente.

La alianza entre el poder económico, la Iglesia y las Fuerzas Armadas venía de antes y había quedado fuertemente consolidada con Roca y con la generación del '80. Era una alianza de corte elitista, liberal y porteñista. O sea, estaban dispuestos a festejar la democracia mientras no se tocaran sus privilegios. Ellos diseñaron esa democracia de doble comando o, si se quiere, con un gobierno real y otro formal.

No era una situación oculta. Entre la alta oficialidad de las Fuerzas Armadas había mucho doble apellido porque muchos de los altos oficiales provenían de la clase social dominante. Cuando pasaban a retiro eran designados en los directorios de grandes empresas. Los políticos sabían que debían tener contactos aceitados con la embajada norteamericana, con la Iglesia, con las grandes empresas o con algunos generales y varios de los ministros eran colocados en las dos formas de gobierno por estas corporaciones. Era una situación conocida y naturalizada. Cuando en Argentina se hablaba de democracia, se estaba haciendo referencia a ese sistema de doble comando. Los medios formaban parte de ese bloque de poder, pero tenían un lugar secundario. No tenían el peso que tienen ahora.

Cuando un presidente se corría un milímetro, había un golpe. En esa alianza, los militares constituían el brazo ejecutor de la política, lo que se llamaba el Partido Militar. Era un modelo opresivo, sin resquicios, que acumulaba tensiones y estallidos de violencia y que puso varias veces al país al borde de la guerra civil. Finalmente llegó a su límite cuando desembocó en la guerra de Malvinas contra la OTAN y en el genocidio ejecutado por los golpistas de 1976.

Cuando los militares se retiraron del gobierno, a fines de 1983, la sensación más extendida era que el sistema no había cambiado y que en algún momento volvería el Partido Militar. El desafío de Alfonsín era demostrar que, esta vez, las instituciones podían ser más fuertes que la corporación militar. Pudo demostrarlo porque evitó el golpe, aunque para hacerlo haya tenido que hacer concesiones.

Alfonsín pudo evitar el golpe militar, pero no pudo hacer lo mismo con el golpe de mercado, el golpe de las corporaciones. En vez del Partido Militar, la nueva democracia se volvía opresiva con un sistema que amenazaba con el golpe de mercado, corridas contra el dólar, movidas inflacionarias, desabastecimiento y lockout patronales. Y por otro frente cooptaba a dirigentes de los partidos políticos. Ya no precisaron del golpe militar.

Faltaba demostrar que las instituciones de la democracia pueden ser más fuertes que las corporaciones, que pueden resistir esas presiones y que sus dirigentes no son necesariamente cooptados por esos intereses. Con mucho esfuerzo, con mucho costo y un gran desgaste, los diez años de kirchnerismo fueron diez años de poner a lo institucional por encima de lo corporativo. Podría decirse que cada decisión progresiva de este gobierno implicó una pulseada con alguna corporación, desde la nueva Corte, hasta los juicios a los represores, la reestatización de las jubilaciones y de YPF, las retenciones o el rechazo al ALCA. Los diez años de kirchnerismo ayudaron a mostrar que la democracia también puede ser un cauce para producir cambios y mejorar la situación del pueblo. Es una herencia de paz. Dejarles a las futuras generaciones un sistema que permita la convivencia y el progreso en paz ha sido el mayor aporte institucional desde que comenzó este ciclo democrático. Marcó el fin de la transición y el comienzo de una nueva etapa con una democracia todavía convaleciente pero sanada, una democracia todavía débil y que requiere consolidarse, pero que tiene las manos libres.

"Cada decisión progresiva de este gobierno implicó una pulseada con alguna corporación, desde la nueva Corte hasta los juicios a los represores, la reestatización de las jubilaciones y de YPF, las retenciones o el rechazo al ALCA."

Telám

Hacer visible

POR MARIO WAINFELD

Imagínese, lectora o lector, en una tertulia de café hace diez años o algo más. Suponga que en una mesa cercana se asentara Héctor Magnetto, el CEO de Clarín. Una aplastante mayoría de los argentinos, aun los bien informados, no lo habría reconocido. La invisibilidad es un recurso de los poderes fácticos, aun (o acaso especialmente) de aquellos que manejan resortes esenciales de la comunicación masiva. Hoy día, la ecuación cambiaría: muchos parroquianos reconocerían a un protagonista de la historia de las últimas décadas. El debate político produce ese efecto virtuoso, que fastidia hasta la exasperación a quienes aspiran a dominar la escena, lo que incluye controlar la iluminación de su propia imagen.

El kirchnerismo, es consabido, acrecentó el poder del Estado y del gobierno, amplió la esfera de lo público, echó luz sobre los conflictos. Repolitizó al Agora, cuando el desencanto y la apatía parecían haber ganado la partida. Es un aporte al sistema democrático, más allá de la turbulencia que suscita, no siempre equilibrada o aconsejable.

En esta década, que por cierto acumula sobre lo sedimentado en casi veinte años previos de democracia, se ve y se mira más. Tal la hipótesis de estas líneas, que no aspiran a agotar el tema sino apenas a hacerlo ver.

◆◆◆

La repolitización y las pasiones se comprueban en la transmisión de trances institucionales determinantes. Jamás se emitieron tantos debates parlamentarios en vivo, ni remotamente. Los diputados y senadores actuales serán mejores o peores que los de otros Congresos, es indudable que han sido más observados en vivo y en directo. Puede decirse, como se hace hablando de fútbol, que todo tiempo pasado fue mejor..., aunque debe asumirse que nadie vio jugar a Pelé o al Charro Moreno en tantas ocasiones como a Messi, Maradona o a cualquier patadura de esos que hacen sufrir a los hinchas como el cronista.

Material de uso compartido, la visibilidad de las sesiones prodigó satisfacciones o desazón a tirios y a troyanos. Acaso el momento de mayor goce opositor fue el "voto no positivo" del entonces vicepresidente Julio Cobos. Su centralidad valió festejos esa misma madrugada en las calles y un liderazgo potencial que andando el tiempo se le escurrió como agua entre los dedos. Como fuera, la difusión le sirvió para construir política y alternativas. La moraleja del episodio es vasta: nadie es dueño exclusivo de lo que se produce, ni nadie lo es a perpetuidad.

El oficialismo (y aguerridas minorías sociales) motivaron más sesiones memorables, que también impactaron en el escenario. La Ley de Servicios de Comunicación Audiovisual y la de matrimonio igualitario –tabula este escriba– fueron seguidas (y vividas) por millones de argentinos, a despecho de la hora de cierre y la restricción a las horas de descanso. Su discusión precedente fue enconada, a la luz del día. El veredicto institucional se palpitó y se compartió, en tiempo real.

◆◆◆

Se ve más por muchas razones, quizá la primera sea porque se mira más y mejor. La agenda del decenio reciente es la más sofisticada y vasta de nuestra historia y ranquea muy alta en la comparación con otros países.

Acá también gravita todo lo acumulado desde 1983. Es entre imposible y muy difícil computar cuánto hay de avance cuantitativo y cuánto de cualitativo.

La agenda cotidiana de los argentinos de a pie es rica y compleja. Tópicos como el femicidio, las desigualdades de género, la discriminación, la violencia institucional, la tipificación del genocidio como delito y cien etcéteras irrumpen en el lenguaje cotidiano con frecuencia y fuerza jamás vistas. Esas cuestiones sumamente arduas integran el menú cotidiano de tantas gentes de a pie. Se debaten en audiciones masivas de radio o de tevé. Su llegada al Congreso (o la penosa dilación, como ocurre con la despenalización del aborto) están en el orden de todos los días.

◆◆◆

¿Es todo mérito del kirchnerismo? Para nada, su gran virtud es generar o acicatear un clima de controversia permanente en la que no siempre prevalece, ni tiene la razón. O teniéndola, no acierta a plantearla con nitidez o calidad.

De todas formas, la agenda colectiva es amplia e interesante, por usar un vocablo moderado.

La disputa de esa agenda, vale apuntar, no siempre se dirime con reglas de juego impecables. A veces parece más un partido de rugby (o de rollerball) que un juego regulado, practicado con fair play. De cualquier manera, la vivacidad y el pluralismo son causas y consecuencias que se realimentan, esto sí en buena hora.

◆◆◆

El cronista pensó otra situación similar a la del primer párrafo, días atrás, cuando vio en un mismo panel a Susana Trimarco y Pablo Ferreyra. Luchadores populares conspicuos, los dos "salieron a la calle" a partir de crímenes contra familiares. Como víctimas, pues. Trimarco y Ferreyra hablaron ante una muchedumbre, en una jornada sobre "Democratización de la Justicia".

Los juicios que investigaron los crímenes que los martirizan fueron bien diferentes. El asesinato de Mariano Ferreyra se pesquisó a fondo, el proceso duró un tiempo razonable, la sentencia condenó a responsables directos y "autores intelectuales", tanto como a policías federales. La desaparición de Marita Verón fue abordada por un tribunal moroso, que maltrató a testigos de cargo (mujeres mayormente) y llegó a una sentencia que fue leída como una bofetada a la búsqueda de justicia.

El cronista pensó que (aun en ámbito de estudiosos del derecho, jueces y personas politizadas) los rostros de los jueces y fiscales involucrados en los dos casos serían desconocidos por casi todo el público. Los de todos: los que estuvieron a la altura de su responsabilidad y los que la malbarataron.

Esa opacidad, ese desconocimiento, es uno de los factores que inciden en la necesidad de democratizar el Poder Judicial. La visibilidad tendrá sus vericuetos y excesos, pero la oscuridad es antagónica con el funcionamiento democrático.

◆◆◆

Y la transparencia ¿cómo anda?, podría inquirir un lector crítico. Mucho queda por hacerse al respecto, pero con una gruesa salvedad: la transparencia es un capítulo de la visibilidad de lo público, de los conflictos, de los intereses en disputa sobre los que mucho se ha avanzado.

Más en general: el mejor saber del pueblo, su mayor información no transforman al sistema en ejemplar. El perfeccionamiento de la democracia es una procura constante, insatisfecha siempre. Las exigencias de una sociedad vivaz y demandante jamás serán saciadas del todo o para siempre. En esa procura permanente, la politización, la visibilidad expandida y la ampliación de la agenda ciudadana son logros notables, aunque también episodios de la insaciable búsqueda de una sociedad más igualitaria y mejor.

mwainfeld@pagina12.com.ar

"El kirchnerismo acrecentó el poder del Estado y del gobierno, amplió la esfera de lo público, echó luz sobre los conflictos. Repolitizó el Agora, cuando el desencanto y la apatía parecían haber ganado la partida. Es un aporte al sistema democrático, más allá de la turbulencia que suscita, no siempre equilibrada o aconsejable."

DyN

Políticas públicas

POR WASHINGTON URANGA

"Cambió el rumbo de la acción del Estado, se modificó la actitud para pasar de un rol ajeno y observador a ser partícipe y protagonista, como garante de los derechos ciudadanos, políticos, económicos y culturales de toda la población."

Una herencia muy clara de los años noventa fue la desaparición de las políticas públicas como una herramienta activa del Estado para compensar desigualdades y contribuir a la mejor vigencia de los derechos fundamentales de las personas. Desde el comienzo del gobierno de Néstor Kirchner hasta el presente, las diferentes gestiones se han caracterizado por la puesta en marcha de políticas públicas, la mayoría de ellas con criterio inclusivo, y todas con perspectiva de derechos. Este es un logro fundamental de la década.

Pueden definirse las políticas públicas como aquellas acciones impulsadas por el Estado como principal aunque no único actor, recogiendo una necesidad sentida por toda o por parte de la ciudadanía, y siendo que tal asunto cae bajo la órbita, jurisdicción o responsabilidad de un organismo o área de gestión estatal. De esta manera, las políticas públicas cumplen, por una parte, la tarea de promover el desarrollo de sectores clave de la economía y de la sociedad en general, y por otra, la de impulsar acciones destinadas a restablecer derechos o a instalar nuevos derechos ciudadanos.

Sin políticas públicas no hay verdadera democracia basada en derechos. No hay tampoco justicia social con dignidad.

La Asignación Universal por Hijo, Conectar Igualdad, en general las políticas sociales, la ley que reprime la trata de personas, las iniciativas permanentes por los derechos humanos, la verdad y la justicia, pero también los planes de vivienda, son algunas de las manifestaciones de esas políticas que han sido promovidas por los gobiernos de la última década. Podría hacerse una lista más exhaustiva y extensa. Pero lo que aquí se intenta destacar es que cambió el rumbo de la acción del Estado, se modificó la actitud para pasar de un rol ajeno y observador a ser partícipe y protagonista, como garante de los derechos ciudadanos, políticos, económicos y culturales de toda la población.

Además de la recuperación del papel del Estado en este sentido, debería destacarse también que la perspectiva de derechos –entendida como la vocación de impulsar la vigencia plena de los derechos de todo tipo para el conjunto de la ciudadanía– ha estado presente en la mayoría de las iniciativas que se tomaron en materia de políticas públicas. Que se busque atender a los más pobres es la principal. Que se procure, por todos los medios legales, alcanzar la verdad y la justicia en los casos de violaciones a los derechos humanos, se ubica en la misma línea. Hay logros tangibles en éstas y otras materias aunque –sobraría decirlo, pero resulta pertinente en atención al clima político mediático por demás agresivo y tergiversador que estamos viviendo– queda todavía mucho camino por recorrer, se cometen errores y hay zonas de vacancia. Temas como el de la seguridad, el medio ambiente, los pueblos originarios y ciertos aspectos del desarrollo industrial y energético y el de las políticas de comunicación (si bien la Ley de Servicios de Comunicación Audiovisual es un logro importantísimo) son algunos de los campos donde todavía se demandan lineamientos y acciones más claras y apoyadas también en la perspectiva de derechos. Pero ninguna de estas observaciones debería opacar el valor de lo actuado y concretado.

La puesta en marcha de políticas públicas como las que se mencionan requieren de una acción articulada, de cada una de ellas y de todas entre sí. Es la forma de evitar superposiciones, pero también la manera de no dejar zonas o cuestiones vacantes o no atendidas. Esta labor planificada y organizada es una de las carencias más importantes en la materia. En no pocos casos las respuestas de políticas públicas surgen de manera tal que parecen iniciativas espontáneas o improvisadas ante problemas o demandas coyunturales, y no el resultado del discernimiento y la toma de decisiones dentro de un plan estratégico de gobierno que mira el mediano y largo plazo. Si así fuera, no se nota.

Claro está que para hacer lo anterior es necesario contar con un eficaz aparato burocrático del Estado. Es evidente que la eficacia del Estado ha mejorado también en gran medida en la última década, pero todavía restan debates y concreciones respecto de una reforma del Estado que en este momento resulta ya impostergable si se quiere responder a las necesidades de la sociedad y de los ciudadanos en particular.

Gentileza diario Uno

El kirchnerismo como identidad política

POR EDGARDO MOCCA

Hace justamente diez años, el orden político, en lo que a partidos se refiere, se había convertido en un enigma muy difícil de descifrar. Se había agotado la fugaz experiencia coalicional que llevó a la Alianza al gobierno, el radicalismo sufría la sangría de sus dos dirigentes con mejores expectativas electorales; López Murphy encabezaba una fuerza de centroderecha y Carrió había agrupado a un elenco político mayoritariamente proveniente del Frepaso, totalmente desmembrado después de la experiencia de cohabitación con la UCR. El hemisferio justicialista había alcanzado a enhebrar una solución electoral a su crisis interna, sobre la base de una manipulación legal: tres candidatos diferentes competirían en una suerte de sistema de lemas, en nombre de sellos identificatorios especialmente creados a esos efectos. Cuántos y cuáles eran los partidos realmente existentes en el país de entonces era una pregunta muy difícil de contestar; sin embargo, no faltan periódicas referencias nostálgicas al "sistema de partidos" que el "régimen kirchnerista" habría destruido.

Claro que el sistema político-partidario no era lo único que había crujido en el incendio de la crisis de fines de 2001; la economía nacional, el régimen federal, la sustentabilidad social del país y su relación con el mundo en el contexto del gigantesco default eran –entre otras muchas– grandes preguntas proyectadas en el horizonte del futuro nacional. Nació entonces algo llamado kirchnerismo. El uso de la expresión no resultó extraño en un país en el que los nombres propios de los líderes empezaban a ser más expresivos de una identidad política que los rótulos partidarios. En la era de las "democracias de audiencia", el partido, como estructura orgánica operativa, había ido siendo reemplazado por grupos de personas que rodean a un líder, cuya fuente de autoridad ya no es la currícula partidaria sino el apoyo social a sus intervenciones mediáticas, obsesivamente monitoreadas por los sondeos de opinión. De manera que en una situación de fragmentación justicialista y de incertidumbre sobre la base de la cual gobernaría el nuevo presidente, nada más natural que la denominación de sus fuerzas como "kirchneristas".

En esas condiciones es cuando Néstor Kirchner formula su idea de recomposición del sistema político-partidario en términos de centroderecha y centroizquierda, retomando un viejo término nacido en luchas parlamentarias europeas y que entre nosotros había sido popularizado por Chacho Alvarez cuando se concretó el Frepaso: la "transversalidad". La radicalidad de la crisis hacía previsible que las maquinarias partidarias –especialmente las dos que habían organizado la disputa política en los períodos democráticos del anterior medio siglo argentino– pasaran de su crisis interna a su definitiva división a lo largo de una línea divisoria programática más o menos clara. En realidad, Kirchner trabajaba para hegemonizar la estructura justicialista, consciente de que solamente desde ella podía sostener la condición básica de cualquier proceso de transformación: la gobernabilidad del país. Pero la señal política "transversal" tenía un sentido muy fuerte: desde allí se convocaba a una refundación de las identidades partidarias ante el vaciamiento que habían sufrido en los años del pensamiento único neoliberal y el terremoto de su crisis final. Había en la fórmula algo de aquella apelación de Cooke a que el peronismo como identidad popular no sería sustituido sino dialécticamente superado e integrado en una nueva síntesis.

Ya en 2003, las elecciones provinciales que se desarrollaron en todo el país revelaron un mapa político diferente del cuadro de fragmentación y dispersión mostrado por las elecciones nacionales: PJ y UCR resultaron fuerzas decisivas y excluyentes en la inmensa mayoría de los distritos. Simultáneamente, la parte fundamental de la estructura federal del justicialismo se encuadró detrás del nuevo liderazgo político nacional. Dos años después, la contundente victoria de Cristina Kirchner sobre Chiche Duhalde sellaría un predominio del actual elenco gobernante sobre el justicialismo que perdura aún hoy, después y en medio de grandes desafíos y tensiones.

Sin embargo, a la hora de definir el principio ordenador de la lucha política en la Argentina de los últimos diez años, está claro que no es la pertenencia o no al PJ sino la dialéctica kirchnerismo-antikirchnerismo. El kirchnerismo no es, como a veces se pretende, una red de relaciones en el Estado sino una vasta y difusa constelación de apoyos a una gestión, pero también a un imaginario político común. A un "relato", palabra que la derecha mediático-política interpreta en clave de engaño, pero que puede ser pensada como una perspectiva desde la que pensar nuestro presente y nuestro futuro. Y ese relato es fuerte y mayoritariamente peronista, en cuanto a sus referencias históricas, a su código genético. Pero, al mismo tiempo, corta por dentro la historia de ese movimiento, aunque la reivindique como todo orgánico. Los materiales de la historia del peronismo, y sobre todo, de su estructura político-institucional, no son amontonados y venerados acríticamente; son recuperados y sintetizados en términos de sustentos de una posición política actual, que no se define en los términos de hace cincuenta o sesenta años. El kirchnerismo es una definición del mundo en que vivimos y nuestro lugar en él. Tiene una interpretación del movimiento de cambio latinoamericano, de la crisis capitalista centrada en Europa, de las transformaciones geopolíticas y de los nuevos actores globales. Concibe un tipo de unidad nacional basada en los pilares del pluralismo y el respeto por la voluntad mayoritaria del pueblo. Ha integrado a la tradición histórica nacional-popular y sus clásicas banderas, un repertorio de nuevas demandas, nuevas luchas y nuevos actores: los movimientos de derechos humanos, diversos movimientos sociales surgidos en la resistencia al neoliberalismo, una amplia constelación artístico-cultural y una masiva incorporación juvenil definen hoy su perfil, junto con el respaldo claramente mayoritario de los trabajadores. En el kirchnerismo hay también grupos y cuadros radicales, socialistas y comunistas. Hay asimismo un "exterior constitutivo" que define al kirchnerismo; son las corporaciones del privilegio que han estado en el trasfondo de los procesos autoritarios y condicionado la soberanía política popular durante largos tramos de nuestra recuperada democracia.

La perdurabilidad del kirchnerismo como nueva identidad política no está garantizada. De hecho, las identidades no pueden nacer ni sobrevivir sino en el contexto de un cierto "drama nacional" que interpretan y transforman a su manera. No habría habido radicalismo sin demanda de ampliación masiva de la ciudadanía ni peronismo sin la apelación a la dignidad y al protagonismo de crecientes masas de trabajadores. Puede perdurar el kirchnerismo –inclusive más allá de circunstanciales resultados electorales– si el clivaje político que ha construido sigue siendo políticamente operativo. No son certezas de laboratorio las que están en juego, sino el resultado de determinadas batallas políticas que se libran en el país. La derecha sostiene que esta década ha sido el fruto de un determinado movimiento pendular del justicialismo que, en este caso, decidió adoptar una forma simulada de izquierda, del mismo modo en que Menem adoptó una de derecha. Su sentido excluyente es la mera acumulación de poder a como dé lugar. Para que esa interpretación alcance una posición hegemónica no alcanza con una "alternancia"; es necesario que las solicitaciones épicas de esta década kirchnerista y las conflictivas escenas que generan sean reducidas a juegos de sombras sin relación alguna con la historia y con el presente del país.

Es probable que sea la radicalidad de lo que está en juego la que provoque la alta intensidad de la vida política argentina, que suele incomodar a quienes creen que nada es para tanto.

"A la hora de definir el principio ordenador de la lucha política en los últimos diez años, está claro que no es la pertenencia o no al PJ sino la dialéctica kirchnerismo-antikirchnerismo. El kirchnerismo no es una red de relaciones en el Estado, sino una vasta y difusa constelación de apoyos a una gestión, pero también a un imaginario político común."

AFP

Con Brasil, sin yeso

POR MARTÍN GRANOVSKY

Era el 8 de mayo de 2003. Un Lula que apenas llevaba 17 semanas de gobierno le preguntó de golpe a Néstor Kirchner: "¿Van a ganar, no? Ganen, porque si triunfa Menem yo me enyeso hasta acá para no ir a la asunción", dijo poniendo la mano a la altura del cuello. En lugar de los 40 minutos previstos, el presidente Luiz Inácio Lula da Silva pasó una hora y cuarto en su despacho de Brasilia con el candidato a presidente argentino. Kirchner había salido segundo en primera vuelta y todavía Carlos Menem no había anunciado la huida del ballottage. El gobernador de Santa Cruz necesitaba dos fotos, una con Lula y otra con el presidente chileno, Ricardo Lagos. Charteó un avión y fue en busca de las dos. En Brasil, país que tanto él como Cristina pisaban por primera vez, consiguió más que una foto. Durante la reunión, Lula lo llamó "presidente".

De vuelta al hotel Kirchner concedió una rueda de prensa.

–¿Lula le dijo algo sobre el ballottage del 18 de mayo? –preguntó un periodista brasileño.

–No, sólo me deseó suerte –respondió un Kirchner al que no le cabía la sonrisa.

Clovis Rossi, columnista de *Folha de Sao Paulo* y corresponsal en la Argentina en los años de plomo, le hizo dos preguntas. Una más técnica, sobre la integración. La segunda más política: "¿Se puede asumir que usted no está muy entusiasmado por apurar el ALCA?". Kirchner contestó solo la primera.

–¿Y el ALCA? –insistió Clovis desde su altura de jugador de básquet, buscando respuesta a lo más importante.

–Usted lo dijo –contestó divertido Kirchner.

La relación intensa con Brasil y la sintonía personal con Lula fueron dos elementos constitutivos del proceso político que comenzó el 25 de mayo de 2003. Ya lo eran, como se ve, en la prehistoria, cuando además tanto Eduardo Duhalde como Roberto Lavagna, uno promotor de la candidatura de Kirchner y el otro su ministro de Economía, tenían lazos fuertes con el presidente brasileño.

El vínculo entre los dos países cabe en la definición de Enio Cordeiro, el embajador brasileño que mañana deja la Argentina. El martes último Cordeiro recibió un homenaje del presidente de la Cámara de Diputados, Julián Domínguez, de la encargada del Grupo Brasil, Rosana Bertone, y del presidente de la Comisión de Relaciones Exteriores, Guillermo Carmona. Todos los bloques estuvieron presentes. En su discurso de agradecimiento, el embajador usó su estilo sencillo para fijar un concepto: "Sin construcción de ciudadanía común ni política no hay integración. Solo hay comercio. Nosotros tenemos integración porque hay política".

Hubo comercio. En 2003 la Argentina exportó a Brasil productos por 4666 millones de dólares e importó por favor de 4699 millones. En 2012 exportó por 16.443 e importó por 17.998. Quiere decir que en diez años el volumen total pasó de 9305 millones de dólares a 34.441 millones.

Y hubo política. En 2005 los dos países se desconectaron juntos del Fondo Monetario Internacional, previo pago de la deuda. En el mismo año, junto con la Venezuela de Hugo Chávez, encabezaron el pequeño grupo de países que le puso bolilla negra al sueño de los Estados Unidos de contar con un Area de Libre Comercio de las Américas. Los otros dos eran el Uruguay de Tabaré Vázquez y el Paraguay de Nicanor Duarte Frutos. En la cumbre de Mar del Plata encabezaba el pelotón pro-ALCA, como alfil de Washington, el entonces presidente mexicano Vicente Fox.

Con las obvias diferencias de peso, porque Brasil es un jugador global y la Argentina no da la talla para ser convocado al mismo grupo que su vecino, Rusia, India, China y Sudáfrica, el grupo de los Brics, los dos Estados coordinaron acciones contra los paraísos fiscales en el G-20. También levantaron la voz coincidiendo en un puñado de concepciones:

- No hay que esperar a crecer para distribuir ingresos o realizar planes sociales de amplio espectro.
- La forma de conseguir resultados macroeconómicos sanos no es el ajuste fiscal.
- La inversión pública es un eje básico de los procesos de desarrollo.
- El mejoramiento del empleo, y dentro de él del empleo en blanco, es el gran objetivo de política económica.

Cada tanto el comercio bilateral produce ruidos que esconden, como también suele recordarlo Cordeiro, esfuerzos al estilo de la fabricación de un reactor común o el avance satelital. Son los momentos difíciles en los que Lula reclama más pensamiento estratégico, una forma elegante de denominar la mirada que debería distinguir lo importante de lo módico.

Los dos países se acostumbraron a pispear las elecciones del otro y a alegrarse de los triunfos mayoritarios. Son menos profundos y menos detallistas cuando analizan la realidad tal como es. No solo los pueblos sino la mayoría de los dirigentes políticos, intelectuales y empresarios a ambos lados de la frontera ignoran un mínimo quién es quién y, sobre todo, un imprescindible manual para comprender cómo funcionan las cosas. Los Estados, la cultura, la sociedad, los comportamientos, las tendencias históricas.

Los dirigentes brasileños, con Lula, Dilma Rousseff y el asesor de ambos Marco Aurélio García a la cabeza, acostumbran repetir que su prioridad es América del Sur y que por eso su anillo de cercanía comienza en la Argentina. Por suerte Lula no debió inventar un yeso y el 25 de mayo de 2003 estuvo en Buenos Aires. Los últimos diez años sirvieron para subrayar que, si la alianza es prioridad uno para Brasil, naturalmente lo es también para la Argentina. Sería irreal que el país imaginase un Plan B. No existe ni es posible. La construcción de una ciudadanía común con Brasil es una condición de existencia nacional.

martin.granovsky@gmail.com

"La relación intensa con Brasil y la sintonía personal con Lula fueron dos elementos constitutivos del proceso político que comenzó el 25 de mayo de 2003."

Una década más

Laura Szenkirman

POR EDUARDO JOZAMI

Como nadie puede razonablemente pensar que la Presidenta abandone su cargo antes de diciembre del 2015, a pesar de los redoblados esfuerzos destituyentes, resulta claro que la frenética acción opositora de los últimos meses tiene como objetivo terminar con el período kirchnerista cuando Cristina complete su actual mandato. Fin de ciclo, anuncia la oposición, consigna que se pronuncia con el tono de una constatación objetiva pero en verdad funciona como santo y seña, como estímulo, entre quienes ya se anticipan a celebrar el advenimiento del poskirchnerismo.

En verdad, el balance de estos diez años es tan positivo que los opositores no pueden fundar un cuestionamiento global. ¿Cómo negar las diferencias abismales entre la Argentina de hace diez años, con niveles alarmantes de pobreza y desempleo, y el país resultante de este período de crecimiento con inclusión social? ¿Quién olvida que en tiempos del "que se vayan todos" la gran mayoría de los dirigentes políticos no podía salir a la calle frente al repudio ciudadano y que sólo las políticas de Kirchner, el cambio de la Corte menemista, la nulidad de las leyes de impunidad, reformas profundas como la estatización de los fondos jubilatorios, la Asignación Universal y el matrimonio igualitario, permitieron recuperar el funcionamiento de las instituciones y volvieron a otorgarle sentido a la política?

En un país que siempre manifestó un fuerte sentimiento nacional, ¿habrá muchos que extrañen las relaciones carnales con los Estados Unidos y no se feliciten del nuevo vínculo establecido con los países hermanos de América del Sur? Finalmente, aunque De la Sota desbarranque abogando por la libertad de los genocidas, son muchas las pruebas de que la mayoría de los argentinos comparte el repudio a la dictadura y apoya las políticas de Memoria, Justicia y Verdad.

Frente a este saldo tan favorable para la década kirchnerista, que obviamente no excluye cuestionamientos y asignaturas pendientes, muchos opositores se avienen a admitir algunos logros, pero reiteran la conclusión que les parece impuesta por la realidad de los hechos. El fin de ciclo estaría decretado por la conjunción de perspectivas que tienen que ver tanto con la política como con la economía. Mientras los gurúes del neoliberalismo de los '90 recorren canales de TV adjudicando un sesgo catastrófico a los datos que muestran cierta desaceleración de la economía, los analistas políticos sentencian: no alcanzarán los votos para obtener la reelección.

Tras esa visión sobre la coyuntura económica anida una subestimación del potencial transformador del kirchnerismo, como si la política de estos años no hubiera sido sino un modo de administrar la fase ascendente del ciclo económico: ante la crisis internacional –sostienen los críticos– se requieren hoy otras medidas que este Gobierno no podrá aplicar. Lo curioso, sin embargo, es que precisamente en los momentos difíciles es cuando Néstor y Cristina han mostrado capacidad para hacer las adecuaciones que la coyuntura exigía, defendiendo como prioridades el nivel de actividad, el empleo y los ingresos de los trabajadores. En dos ocasiones, por otra parte, el kirchnerismo mostró que iba mucho más allá del mero desarrollismo que algunos le atribuían. La primera, cuando Néstor pidió la renuncia de Lavagna, quien reclamaba una contención de los salarios para combatir el alza de los precios. La segunda, cuando pese a que la gran apuesta consistía en combatir la pobreza con el crecimiento de la economía y el aumento del nivel de empleo, Cristina advirtió que se requería una medida excepcional como la Asignación Universal por Hijo para atacar ese núcleo duro de quienes, largamente marginados del mercado laboral y el sistema educativo, no reaccionaban a los estímulos de la reactivación de la economía.

Esa misma subestimación de la capacidad transformadora de la gestión kirchnerista manifiestan quienes, no sólo entre los opositores al Gobierno, sostienen que estamos ante el agotamiento de las posibilidades de seguir avanzando en la redistribución del ingreso. Recordando a quienes cuarenta años atrás proclamaban que se habían alcanzado los límites del modelo de sustitución de importaciones –sin advertir que esos límites eran más políticos que económicos– y abrían el paso a las políticas de apertura externa que finalmente aplicó la dictadura, los que hoy hablan de agotamiento se equivocan. Lo que sí es cierto, como lo señaló la Presidenta, es que para seguir avanzando hacia una mayor igualdad se hace necesario profundizar el modelo, como se hizo con la nacionalización de YPF, como comienza a recuperarse el tiempo perdido en el área de transporte, como deberá hacerse para lograr una mayor equidad en la tributación. De eso se trata, de avanzar en la transformación de una estructura económica que aún no se ha modificado en profundidad. Por eso, y no por un mero afán de conservar el poder, necesitamos diez años más de kirchnerismo.

La disputa sorda que hoy se observa podría resumirse como el enfrentamiento entre quienes piensan que "se ha avanzado demasiado" y los que consideramos que "aún falta mucho por hacer". Los primeros –el gobernador bonaerense que ofrece "continuidad con cambios" y el joven dirigente tigrense que, sin compromiso ideológico alguno, deshoja la margarita para saber lo que le conviene– consideran agotado este período de radicalización y prometen la vuelta a un peronismo dispuesto a contener a todos. Después de diez años de un neoliberalismo que amenazaba con poner definitivamente en crisis la identidad peronista y otros tantos de un kirchnerismo de centroizquierda, que, se dice, algunos justicialistas tampoco reconocen como propio, sería hora de volver simplemente –suponiendo que esto exista– al peronismo sin más. Así se superarían los odios innecesarios y la crispación de una sociedad a la que, a diferencia de nosotros y con la mirada de los satisfechos, no ven ávida de cambios sino demandante de reconciliación. Probablemente, antes de las elecciones no sean muchos los que reiteren la imprudencia del gobernador De la Sota, que quiere incorporar a los genocidas a este acuerdo nacional. Pero sería ingenuo no advertir que todos esos discursos conciliadores que alienta la jerarquía católica se avienen mal con las políticas de Memoria, Justicia y Verdad.

La exigencia constitucional para autorizar la reelección juega como un límite, pero también como un desafío para un movimiento que ha demostrado su vocación para superar la adversidad. En cualquier caso, bajo el liderazgo de Cristina, este proceso tiene que continuar. El kirchnerismo no quedará en la historia como un interregno feliz dentro de un tiempo signado por la injusticia y la mediocridad, debemos verlo como una época del movimiento popular argentino que aún está en los inicios de una profunda transformación.

"¿Cómo negar las diferencias abismales entre la Argentina de hace diez años, con niveles alarmantes de pobreza y desempleo, y el país resultante de este período de crecimiento con inclusión social?"

DyN

Comunicación para la democracia

POR DAMIÁN LORETI

Repasar las imágenes de decenas de miles de personas marchando por una ley de radiodifusión de la democracia, no una, sino tres o cuatro veces, da cuenta de que algunas cosas han cambiado en la década. Repasar que casi mil personas tomaron la palabra en los foros que se hicieron en las universidades nacionales de todo el país, parándose con un micrófono frente a la autoridad designada por la Presidencia de la Nación, en siete minutos cada una, para decirle al Gobierno qué pensaba de su proyecto de Ley de Servicios de Comunicación Audiovisual. Ese proyecto, inspirado en la propuesta de una coalición variopinta que cuatro años antes había hecho los 21 puntos, nos brinda un reflejo casi cinematográfico de cómo definir la libertad de peticionar y expresarse. Cuando esos planteos se transforman en letra y se reconoce a sus proponentes, difícilmente podamos referenciarlo en algo antes conocido en el ejercicio de la democracia.

Es difícil en pocas líneas hacer un balance de diez años en un tema tan vasto como los medios, pero lo que esta década sí deja es el sabor claro de que la voluntad de hacer una política de Estado, la movilización popular y un proyecto arraigado en las propuestas de las organizaciones populares y de la sociedad civil es algo que se asemeja mucho a lo que nos contaron de chicos que era la democracia, máxime cuando en el tratamiento parlamentario se introdujeron múltiples cambios tras audiencias públicas y debates.

Lejos de pensar que la Ley de Servicios de Comunicación Audiovisual es el todo, sí es menester poner el eje en que desde la fundación de la Coalición por una Radiodifusión Democrática han pasado casi diez años y que el "ahora es cuando" surgió, luego de evaluar que algunas cosas habían empezado a cambiar desde el año 2003. Se podrían citar varias cuestiones que lo indican, el decreto 1172/03 de acceso a la información, la derogación de la ley Banelco, la reanudación de los juicios por violaciones a los derechos humanos, el acto de apertura de la ESMA, la orden de no reprimir las movilizaciones, el decreto 222 sobre la autolimitación en la designación de ministros de la Corte Suprema y varias más. Hoy son los miles de nuevos puestos de trabajo en el sector audiovisual, la producción de ficción sobre todo en las provincias, los premios internacionales, las radios escolares, los nuevos cables, las nuevas señales, los miles de participantes en los concursos para las productoras, las minorías en Afsca y RTA, los miles de acuerdos colectivos, la restauración de los derechos de los canillitas, los derechos de imagen de los actores, la despenalización de calumnias e injurias, la declaración de interés público de la producción del papel para periódicos, ser el primer aportante económico a la Comisión Interamericana de Derechos Humanos que por medio de la Relatoría de Libertad de Expresión indaga sobre ese tema en el continente, el proceso de elaboración participada de normas que dio origen al decreto reglamentario de la Ley de Servicios de Comunicación Audiovisual, que con sólo ver los considerandos permite comprobar la cantidad de personas y entidades, incluidas empresas y cámaras del sector, que participaron en su redacción.

En conjunto con la ley de reforma política, tenemos más medios que transmiten mensajes preelectorales en condiciones equitativas –reconocido hasta por la oposición más cerril–, criterios para democratizar el acceso a contenidos de interés relevante (y no hablo sólo de Fútbol para Todos). Aun cuando podría ampliarse la lista de sucesos que deben ser transmitidos por señales de aire, esta medida ya permite algo tan relevante como que un deporte que se juega en el interior pueda verse de manera gratuita en la misma ciudad donde tiene lugar, y los medios no sufren prácticas anticompetitivas que llevaban adelante aquellas empresas que contaban con la exclusividad de los derechos de exhibición a través de señales pagas. A esto se suman Canal Encuentro, Pakapaka e Incaa TV como pantalla garantizada para los films argentinos. Incluso políticas sin relación directa con los medios se suman a la ampliación de derechos en el campo de la comunicación. Es el caso del Plan Raíces, que ha repatriado a más de un millar de científicos, Conectar Igualdad, la entrega de las netbooks, la infraestructura pública de fibra óptica.

Demasiado para ser un enhebrado de casualidades y mucho más si sumamos el rechazo al ALCA y la formación de Unasur como contexto. Varias de estas cosas pueden tener sus matices complejos e imperfecciones, es cierto, como que también queda trabajo por hacer y planes que cumplir. La cuestión es no naturalizar el lugar donde hoy estamos. Para quienes tenemos cincuenta y miramos todos los días a nuestros hijos e hijas adolescentes que militan en sus colegios o barrios o facultades, implicaría olvidarnos que hicimos la secundaría con la dictadura y que cumplimos cuarenta con cinco presidentes en una semana, con más de treinta muertos en las calles, los represores libres y sin siquiera posibilidad de extradición.

El kirchnerismo es un evento de carácter fundacional, aunque emplea poco este concepto. Cada vez que lo emplea, por otro lado, es traducido por el estado mayor de la oposición como un proyecto de supervivencia política indefinida, un continuismo sin respeto por las naturales cesuras temporales que la política debe darse a sí misma, y que aunque no se las dé, igual ocurren. Lo cierto es que Alfonsín fue quien más invocó el tema fundacional. Podía hacerlo sin generar mayores suspicacias, pues era el primer gobierno democrático luego del período del terror de Estado. No obstante, también presentaba un problema esa idea "fundacional de la democracia", pues, aun siendo un concepto ampliamente compartido en su briosa abstracción, chocaba con el necesario pluralismo que ese mismo gobierno invocaba. Una fundación supondría un fundador, que si lo que fundaba era el pluralismo, ¿él mismo no se convertiría en un rostro "adicional" de carácter permanente? ¿Y que el pluralismo no absorbería? Era lo plural con el agregado del Uno. La adición suplementaria, el que le daba nombre a un poder constituyente que establecía la diferenciación con el pasado y venía a inaugurar y resguardar lo múltiple democrático.

Con el kirchnerismo no es enteramente así, aunque la heterogénea oposición que lo rodea, acusándolo de unicato, piensa que es así. Recurre al tema fundacional pues lo que tenía atrás era Menem –una regresión– y no Alfonsín –un período inciático, a pesar de todas las dificultades que debía atravesar y las concesiones que estaba dispuesto a realizar–. Pero el fundacionismo de Kirchner tenía y sigue conservando características complejas. Por un lado lo condiciona el pasado peronista, que aparece de diversas maneras en las jornadas rememorativas y la búsqueda de antecedentes históricos, que en toda época están presentes y que ahora tienen multiplicadas manifestaciones. En un primer momento se adoptaron actitudes para generar una instancia que trascendiera al peronismo. Tenía nombre artificioso, pero se entendía: transversalidad. Era el antiguo frentismo social que tantas memorias dejó en tan diversos países. En otro momento posterior, el peronismo hacía valer su larga sombra inmanente en el cuadro electoral del país. Se trata de un núcleo de memorias, estilos y actuaciones de las que suele recordarse a veces su utopía igualitaria, otras veces su mito de rescate que sigue reverberando y también su procedimiento político aglutinante inspirado en los Estados de bienestar de posguerra.

Por eso, lo fundacional del kirchnerismo parece estar obligado a ser una selección de orientaciones del pasado peronista, de donde toma ramilletes variados. Llama camporismo a la movilización juvenil, con un atrevimiento doble: en su momento, Cámpora terminó siendo un herético sin querer serlo, y quedó fuera del Estado. En estos momentos, el sentido heterodoxo no se halla en la periferia del Estado sino en su interior. Precisamente, el kirchnerismo le da un giro fundacional a su idea del Estado, habiendo producido actos estatizantes en unidades económicas y empresariales que en la memoria nacional arcaica eran joyas de la ecuación estatal, que luego fueron deslustradas. La ideología de un nacionalismo estatal se recuperó en la última década, pero ahora con distintos componentes que precisaban ser revisitados por nue-

"Lejos de pensar que la Ley de Servicios de Comunicación Audiovisual es el todo, sí es menester poner el eje en que desde la fundación de la Coalición por una Radiodifusión Democrática han pasado casi diez años y que el 'ahora es cuando' surgió luego de evaluar que algunas cosas habían empezado a cambiar desde el año 2003."

Presidencia

Diez años: una discusión

POR HORACIO GONZÁLEZ

vos y grandes debates. Habiéndose perdido las fábricas de aviones de hace más de medio siglo, y asimismo el autobastecimiento petrolero y gasífero, la ideología estatista del kirchnerismo se expresa en medio de obstáculos. Por un lado, en una apertura comunicacional que celebra esos hechos del atlas de la memoria argentina, pero por otro, se enseñorea en ellos un sesgo que habitualmente es denominado neodesarrollista, ambicionando la interconexión con las fuentes eminentes de un capital social, inversionista e industrializador, que aun siendo un planteo que no evita ortodoxias de diverso cuño es ardorosamente combatido por poderes financieros internacionales, oscuras tramas de inversionistas depredadores y diversas corporaciones reacias a seguir manteniendo sus propiedades en el marco de la democracia. Y asombrosamente siquiera en un cuadro más racionalizado del capital, pues no son amenazadas por partisanos apocalípticos salidos de selvas oscuras, sino apenas sometidos a leyes de equitatividad en la operación de un tipo especial de productos significativos: la producción simbólica de gustos, lenguajes y consumos culturales.

En la multifacética enunciación de la Presidenta, existen tantos reconocimientos a la figura de Alfonsín (que de algún modo reparan la involuntaria omisión en que incurrió Kirchner en el tiempo en que se incorporaban al territorio de la memoria reparatoria las instalaciones de la ex ESMA) como escasos a la figura de Frondizi. Ciertamente, este importante político hizo decaer su figura en un desprestigio final indisimulable, pero había planteado el estado de la cuestión desarrollista en la Argentina, con asesores que tomaban inspiración un poco en la Cepal, un poco en el emancipacionismo energético scalabriniano, adversario crucial del expansionismo del capital británico, y también un poco del último Lenin y otro poco en la doctrina de la necesidad de las inversiones extranjeras, que el Perón póstumo no cabe duda que compartía. Como se sabe, Illia declaró luego el cese de aquellos contratos petrolíferos hechos con empresas inglesas y norteamericanas.

¿La situación actual? Las diferencias con el inmediato pasado las conocemos y festejamos. Pero la nacionalización de YPF por compra del paquete accionario mayoritario contiene una peregrinación en la búsqueda de capitales suplementarios –Chevron, pongamos por caso– que no está ligada a una revisión intelectual atinada de aquel debate entre Frondizi e Illia, dándole ahora un tinte mayor de concesión al estadio en que se halla el capitalismo mundial en materia de inversiones, concepción agresiva de la naturaleza y circulación financiera. El problema no es nuevo, lo atraviesan todos los movimientos populares, inclusive los que practican osadías en otros terrenos, como la actual experiencia boliviana. Estamos en el seno de una consigna histórica nacionalizadora-democrática que pierde cierta consistencia épica, pues luego de consumada la actualización de la epopeya se revelan escasos los instrumentos para intervenir más autónomamente en un mundo cruzado por las cada vez más complejas maniobras del alto capitalismo, con sus tentáculos geopolíticos, comunicacionales e ideológicos.

Así, como balance de estos diez años, se debería poder decir lo que no le es fácil al kirchnerismo. En principio, tratar todas las deudas históricas que el país tiene en materia de infraestructura energética, productiva, de transportes y comunicaciones. Tratarlas, me refiero, no como si se poseyera una varita mágica nacionalista y popular, sino como temas que exigen tanto de una extracotidiana voluntad colectiva como de saberes técnicos que le hagan eco. Pero tampoco le debería ser difícil aceptar que, tras los cánticos de entusiasmo que no tienen por qué ausentarse, se debe tener mayor prudencia con los énfasis de cuño neodesarrollista en asuntos tan centrales y estratégicos como los referidos. Es un tema de todos los gobiernos populares del continente: Brasil, Venezuela, Bolivia, Ecuador. Todos cultivan épicas y tradiciones emancipadoras, y por eso los apoyamos, pero se hacen fáciles blancos de la crítica a los enfoques económicos lineales que reproducen modelos del no tan distante pasado, omitiendo los esfuerzos que son posibles y necesarios para realzar la cuestión del desarrollo nacional con otras intervenciones conceptuales. ¿Pero cuáles?

Una de esas intervenciones, más evidente en Venezuela, es la respetable recurrencia emotiva a la gran leyenda nacional: el bolivarismo. En Bolivia, de una manera igualmente comprensible y festejable, el indigenismo y –como también ocurre en Ecuador– un culto de cuño antropológico renovado a los viejos dioses de la naturaleza y la tierra. No obstante, hay que convenir que las variables económicas del capitalismo informático, inmaterial, productivista o simbólico, son tan duras como para resistir los avances del tejido comunitarista (en verdad, un humanismo crítico y renovado), con lo importante que es el estado de la cuestión en torno de estos nuevos agrupamientos sociales, tal como se dan en los países mencionados, y también en el nuestro, con características organizativas diferentes.

En el balance de estos diez años hay que poner en su lado auspicioso la enunciación de temas nuevos en torno de los derechos humanos, de género y de construcción de ciudadanía. No parece ninguno de estos anuncios afectar las bases institucionales democrático-republicanas del Estado, como lo ensueñan los que vocacionalmente escuchan, desde que se levantan hasta el caer de la noche en todo el territorio nacional, las trompetas que anuncian la devastación de la "res pública". Ven abismos insondables en cuestiones que un nuevo republicanismo democrático debería saludar con esmero: el ingreso de la cuestión electoral universal a una porción del sistema jurídico. Este encuentro entre una nueva juridicidad y nueva politicidad puede ser muy fructífera, todo lo ajena que se quiera al imperio de un orden conceptual sobre el otro. No es difícil verlo así; pero entendemos que es difícil que se lo vea así en el actual estado del debate, donde una porción política importante del país ve amenazadas las libertades públicas. ¡Qué extraño que muchos otros las veamos en proceso de ampliación! No, pero no es extraño. Vemos que hay innovación política democrática –o "invención democrática", con el concepto que en su momento acuñó Claude Lefort– cuando un concepto dominante es interferido por una acción colateral que lo coloca ante un dilema tangencial que debe resolver.

Por ejemplo, la concepción del desarrollo nacional apremiada por las tangentes del ambientalismo, la crítica a los lenguajes estereotipados de la política, el respeto a las etnias que mantuvieron su singularidad cultural tanto como las que aceptaron procesos diversos de mestizaje, en los que sin duda se esconde también una proposición coercitiva heredada de los primeros tiempos de España en América. La democracia a la que nos referimos no es una totalidad cerrada de acciones con colofón republicano, pero tacaña de excedentes apasionados, excitantes o carismáticos, un institucionalismo a rueda cremallera y un pluralismo obligatorio (lo que es un axioma unificante que niega la misma diversidad que proclama), sino que es un proyecto humano de integral crítica al capitalismo y sus variantes tecnoburocráticas e informático-semiológicas. Hay que decir todo esto de un modo más apto. Y esos conceptos críticos novedosos hay que crearlos, pues se trata de rehacer las tecnologías y el sentido del industrialismo como necesidad del sujeto humano y no como la presión de sujetos entendidos que surgen como operadores sistémicos del aparato productivo. La productividad es la de la conciencia humana, fundada en la relación del sujeto con la materia viva, el logos espermátikos, como lo llamaban los estoicos.

Vemos la política argentina como una interesante reiteración de la idea de fundación con pluralismo, logos democrático con productividad de un humanismo crítico, en suma, una nueva lengua de emancipación productiva. En el balance del kirchnerismo están anunciados todos estos problemas. Su mera enunciación ha molestado a los personajes que salen del libro sagrado del neocapitalismo comunicacional. Queda por demostrar (pues no es lo que "falta", es la "falta" que siempre nos rodea) que es posible enunciar los problemas como acto relevante, pues los actos de enunciación, en sí mismos, son inspiradores preámbulos del activismo social. No sabemos lo que prepara el inmediato futuro, pero sabemos que el kirchnerismo, a falta de mejor nombre, es una gran porción hospitalaria de este sistema de enunciaciones.

"Vemos la política argentina como una interesante reiteración de la idea de fundación con pluralismo, logos democrático con productividad de un humanismo crítico, en suma, una nueva lengua de emancipación productiva. En el balance del kirchnerismo están anunciados todos estos problemas. Su mera enunciación ha molestado a los personajes que salen del libro sagrado del neocapitalismo comunicacional."

Pablo Piovano

Las tres banderas

POR CLAUDIO SCALETTA

"Los últimos diez años significaron un cambio cultural sobre las maneras en que se hacía política económica no sólo en los '90, sino desde mediados de los años '70. El instrumento clave fue la recuperación del rol del Estado y la pérdida del miedo al momento de tomar decisiones económicas."

Poner en foco la década kirchnerista es una tarea sujeta a múltiples distracciones. La primera es limitarse a una comparación con la década anterior, la segunda es hacer un listado estadístico positivo contra los números de la gran crisis de 2001-2002 y sumarle luego algunas medidas emblemáticas. La tercera es el análisis ahistórico, libre del punto de partida y de las profundas disputas de poder generadas durante el período. En los tres casos se pierde de vista que los últimos diez años significaron una transformación mucho mayor y de largo plazo, un cambio cultural sobre las maneras en que se hacía política económica no sólo en los '90, sino desde mediados de los años '70. El instrumento clave para esta transformación fue la recuperación del rol del Estado y la pérdida del miedo al momento de tomar decisiones económicas. El nuevo paradigma demandó un paso fundante: deshacerse de la irritante tutela de los organismos financieros internacionales, el triste sello de la época precedente. La reestructuración de la deuda y el pago adelantado al FMI fueron mucho más que meras operaciones financieras.

Hoy parece fácil enumerarlo, casi una secuencia lógica, pero la sociedad argentina debió pasar primero por una crisis terrible para entender que el padecimiento de millones de excluidos de la fiesta neoliberal no se resolvería sólo con mayor prolijidad, como prometió el anodino, pero implacable, gobierno de la Alianza.

La revalorización del rol del Estado se combinó con una segunda característica distintiva: la naturaleza proactiva de la actual administración. Al margen de la valoración que pueda hacerse de sus decisiones, los gobiernos kirchneristas nunca asistieron pasivamente a los acontecimientos. Representan la contracara de quienes creen que gobernar es sólo la administración cotidiana de la hacienda y el conflicto.

El Estado activo, entonces, fue el instrumento que posibilitó el crecimiento del producto, a su vez condición necesaria para la mejora en la distribución del ingreso y el aumento del nivel de empleo. El kirchnerismo no fue un hecho aislado en la región. El contexto internacional, a pesar de sus ciclos, fue favorable, tanto en la etapa de mayor crecimiento, 2003-2008, como desde entonces. Los precios de las commodities que exporta el país siguen altos y la tasa de interés baja. El "viento de cola" existió y existe. La política interna fue responsable tanto de crecer por encima del promedio de la región, como por debajo en 2012. El primer logro de la década, entonces, fue terminar con el modelo neoliberal de exclusión y endeudamiento y reemplazarlo por uno keynesiano de crecimiento sostenido conducido por la demanda.

Contra lo que sostiene la distracción ahistórica, la última década no puede entenderse sin el componente de disputa con las corporaciones, otra característica del período. Inicialmente, las retenciones aparecieron como una necesidad para compensar la devaluación, inevitable tras la volatilización de las reservas internacionales del Banco Central durante la salida de la Convertibilidad. Luego, el kirchnerismo las transformó en instrumentos para equilibrar la estructura productiva y sostener el superávit fiscal, lo que se tradujo en un enfrentamiento creciente con la oligarquía terrateniente más concentrada. A su vez, la recuperación del sistema previsional, cuya porción rentable había sido transferida a los principales bancos a través del régimen de las AFJP, también significó una ruptura con otra fracción de la burguesía. La suma de descontentos entre oligarquías diversas catalizó cuando se intentó frenar la ambición sin límites de un grupo multimediático, que desde entonces tensó al máximo todas las contradicciones propias de una sociedad capitalista. El asedio comunicacional generado desnudó a una oposición raquítica devenida en brazo político del poder mediático, pero también sesgó el debate político. Los efectos económicos fueron indirectos. Con la exacerbación de la disputa, el Gobierno cerró filas, lo que se tradujo en dificultades para la autocrítica.

En estos diez años, la actual administración rompió con casi tres décadas de neoliberalismo, provocó un cambio cultural recuperando el rol del Estado como herramienta para el crecimiento y cambió el patrón de acumulación de la economía. Hoy la sociedad vuelve a compartir que la producción de base primaria y su derrame de riqueza no son suficientes para el desarrollo, el que demanda una industria con alta productividad, generadora de empleo y con salarios elevados.

La utopía, como siempre, está más allá, pero en la dirección en que se toman las decisiones. Hacia delante será necesaria una planificación más consistente en materia de industrialización sustitutiva, autoabastecimiento energético y financiamiento de la infraestructura, pero tras la debacle de 1974-75 y el interregno neoliberal menemista, la década kirchnerista recuperó las tres banderas fundantes del peronismo clásico: independencia económica, soberanía política y justicia social.

Télam

El piso

POR EDUARDO ALIVERTI

Tomar las dos puntas del kirchnerismo, la inicial y la presente, puede revelarse como un buen método para juzgar dos de las cosas que se tienen centralmente en cuenta a la hora de los balances: coherencia y eficacia.

Kirchner asumió bajo un vigente clima de que debían irse todos y, si es por aquellos que sucumbieron al fácil discurso de la antipolítica o a la confianza infantil en un espíritu asambleario permanente, esos "todos" permanecieron en su gran mayoría. Incluso, Kirchner quedó por descarte tras los abandonos de De la Sota y Reutemann; y no debería olvidarse que la suma de opciones de derecha y peronismo tradicional había resultado claramente victoriosa, en la primera y finalmente única vuelta electoral de 2003, con casi el 55 por ciento de los votos (Menem, López Murphy, Rodríguez Saá y si se lo desea puede agregarse el 14 por ciento de Carrió, que, si bien expresó un discurso anticorrupción, formaba parte de la familia politiquero-institucional; y no se adosa el 22 por ciento del propio Kirchner en función de que, aunque desconocido o irrelevante para las mayorías, se erigió como herramienta antimenemista). La cuestión es que, aunque esa suma daba un favoritismo popular de sufragios en beneficio de los todos que debían irse, Kirchner leyó que el clima de irritación subsistía y que las fórmulas no podían ser las mismas. Ocurrió lo que no puede desmentirse. El kirchnerismo fue a contramano de los diagnósticos y recetas sempiternos. Y tras su única derrota electoral en 2009 –en los centros urbanos más importantes– redobló la apuesta hacia izquierda para volver victorioso a los dos años. Es entonces cuando se toma la punta de la actualidad para advertir que las grandes líneas de disposición progresista con que el kirchnerismo sorprendió, a partir de 2003, se ven reflejadas en quienes hoy le muestran los dientes. El "campo", las corporaciones comunicacionales asociadas a él, las franjas más retrógradas de la Justicia, los sectores medios siempre asimilables al odio de clase. Eso es una acumulación política nada desdeñable. Prospectiva. Establecedora de plataforma para poder avanzar.

Si se mira hacia dentro de unos años y ocurriese la comprobación de un fin de ciclo –como escupen la oposición mediática y sus escribanos sueltos–, quien firma no cree que estas reflexiones perderían valor necesariamente. A nuestro juicio, el kirchnerismo estableció un piso de conquistas sociales, simbólicas, económicas y hasta culturales de retorno complejo, en el anclaje de vastos sectores populares y de clase media. Por supuesto: todo puede retroceder si se trata de las condiciones subjetivas. Pero las objetivas, hasta donde uno ve, no indican ese escenario. Cuesta mucho imaginarse que los valores de derecha pudieran ser reestablecidos cual soplar y hacer botellas. Y menos que menos con el tipo de dirigentes que hay y asoman en ese espacio. Tampoco favorecen a una perspectiva de tal naturaleza los vientos que soplan en la región ni los estructurales que se perciben en el mundo, con una orientación más proclive al capitalismo de Estado. Un terreno internacional orégano como el que benefició al menemato, para arrasar con la memoria y los logros históricos de una de las sociedades con mayor movilización ascendente del siglo XX, es razonable como poco cierto a corto y mediano plazo. Nada de todo eso supone que no haya algunas preguntas de dificilísima respuesta. ¿Hay kirchnerismo sin Cristina al frente? ¿Bastaría para preservarlo si ella tuviera que ejercer un rol preponderante, pero ya no al frente del Ejecutivo? Esta dinámica populista que lo K representa, en la acepción positiva que siempre supo precisar Nicolás Casullo respecto de "populismo", ¿se sostiene sin un líder incuestionable o incuestionado?

Podríamos plantear una ucronía, que sirve a los efectos de esa dialéctica complicada. ¿Qué pasaría si viviese Néstor? Por lo pronto, no estaría en duda la sucesión de candidatura presidencial porque la figura del ex presidente seguiría siendo suficientemente aglutinadora para la base que conserva el kirchnerismo (ninguna encuesta, ni siquiera las pergeñadas desde la oposición, le otorga al oficialismo menos del 30 o 40 por ciento de imagen favorable; o aceptable para continuar gobernando). El proyecto de largo alcance siempre se imaginó con los dos. Con Néstor y Cristina. No con uno solo. Atención con lo que eso involucra en procesos que, latinoamericanamente dicho, requieren de liderazgo personal como condición casi excluyente. El imprevisto de la muerte fue el que fue. Y la única realidad es que estamos como estamos, con la incógnita de que nadie todavía puede resolver –ni en el oficialismo ni la oposición– acerca de a quién otear como figura indiscutible, o de buen aliento, para el próximo lapso. Pero el solo hecho de que, si Néstor viviera, estaríamos hablando de una chance muy alta de continuidad –así fuere por el default de la oposición– habilita a pensar que la potencia del modelo, dinámica, proyecto, energía populista, o como quiera denominarse al kirchnerismo, es teóricamente prolongable; ya sea porque volvería a ganar, o porque su asiento popular tornaría complicado que se pudieran liquidar sus avances. Las dos eventualidades también pueden darse con Cristina o quien ella determine, pero es más arduo.

Apoyado en esa hipótesis o convicción, se sustenta que, al cabo de diez años, la probabilidad de que "lo K" persista es atendible. A esta altura del sultanato se percibía su decadencia inevitable y estaba surcado por luchas intestinas irreconciliables. No es el caso. Nadie niega ya, seriamente, que la menemista fue una década perdida. Que acabó como acabó. En cambio, es discutible que la kirchnerista no sea una década ganada si se la ve desde las reparaciones mínimas, o considerables, de que gozaron sectores populares, medios, profesionales, pymes. En otras palabras, tomados períodos de diez años o alrededor para arriba o abajo, en la historia política argentina, la foto enseña golpes violentos de la oligarquía, ocaso, decepciones profundas, hiperinflación.

Se reitera: no es el caso y lo certifica que la oposición es comandada por un grupo mediático. No por un partido, ni conductor, ni organización social. Con un mínimo grado de honestidad intelectual, ideológica, perceptiva, debería admitirse por lo menos eso. Que por algo hay una gestión en condiciones de dar pelea. Después de diez años, nada más o nada menos.

"El kirchnerismo estableció un piso de conquistas sociales, simbólicas, económicas y hasta culturales de retorno complejo, en el anclaje de vastos sectores populares y de clase media. Por supuesto: todo puede retroceder si se trata de las condiciones subjetivas. Pero las objetivas, hasta donde uno ve, no indican ese escenario."

EFE

De la impotencia a la autonomía

POR RICARDO ARONSKIND

El ciclo que estalló en 2001 llevó al país al borde de la inviabilidad política y económica. Fue la culminación del experimento de entregar el comando del país a las fuerzas del mercado, y definir a partir de intereses empresariales el destino de los argentinos.

El kirchnerismo ofreció una respuesta a esa coyuntura, poniendo a la economía nuevamente en la senda del crecimiento, y empleó al Estado para forzar una dinámica "social", que no surgía de la lógica del mercado.

La etapa gubernamental de Néstor Kirchner no produjo cambios estructurales, y se apoyó en la herencia económica neoliberal para relanzar la economía. La renegociación de la deuda externa y el pago de la deuda al FMI implicaron un notable paso para romper la alianza neoliberal entre la tecnocracia internacional y el capital más parasitario local, que venían incidiendo en la definición de las principales políticas estatales. El avance en materia impositiva permitió fortalecer las finanzas públicas sin recurrir al endeudamiento, dotando al Estado de creciente capacidad autónoma de definir el perfil y destino del gasto público.

Algunas empresas privatizadas volvieron a la órbita estatal, básicamente por el rotundo fracaso privado en gestionarlas adecuadamente. A pesar de los rasgos moderados de la gestión, fue creciente el malestar que generaba en los sectores dominantes –acostumbrados a gobiernos subordinados ideológica y políticamente– la independencia de criterio de la conducción del gobierno nacional. Esa novedad se veía reforzada por los vínculos fraternos que se establecieron con otros gobiernos sudamericanos, también autónomos en relación con los centros de poder, y por el reconocimiento popular a las extendidas mejoras en sus condiciones de vida.

La gestión de Cristina Fernández se inició sufriendo un violento ataque liderado por la cúpula sojera, que impidió que el Estado nacional introdujera cambios tributarios razonables para el sector agrario. La crisis internacional de 2008 provocó una caída del nivel de actividad, que fue enfrentada decididamente por el gobierno nacional, evitando que "el pesimismo" del sector privado se transformara en una severa crisis económico-social. La Presidenta realizó una cambio estructural estratégico al nacionalizar el sistema de jubilación y pensiones, que se transformó en una fuente adicional de autonomía financiera estatal. Tanto la creación del Ministerio de Ciencia y Tecnología como el lanzamiento de la Asignación Universal por Hijo implicaron una constatación implícita de las limitaciones del "mercado" para generar capacidades productivas estratégicas o resolver graves problemas sociales. Con Cristina Fernández se enfatizó en la conducción del Poder Ejecutivo nacional una visión crítica del orden internacional neoliberal y del comportamiento de las corporaciones económicas locales.

Luego de su contundente reelección empezaron a evidenciarse los problemas que provocaba la continuidad de aspectos del esquema heredado de los '90, y la necesidad de su remoción. Mientras diversos servicios públicos privatizados (transporte, energía) mostraban el rentismo y la desidia privada, el Estado llegaba tarde a reparar los daños. La estatización de YPF –una decisión política ajena a los "consensos moderados" neoliberales– reflejó la falta de seguimiento y alerta oportuna existente en el propio Estado en cuanto al pésimo manejo empresario de un sector económico crucial. Esa misma falta de monitoreo se evidenció con el recorte de subsidios a sectores privilegiados, que se prolongaban en base a una emergencia ya inexistente. Las presiones inflacionarias revelaban la necesidad de un abordaje más estructural de un complejo problema, que no podía depender exclusivamente de los esfuerzos personales de un funcionario. La reinstalación del dólar como "problema nacional" indicaba la necesidad de un trabajo más abarcativo y consistente sobre el comercio exterior argentino, y sobre la endeble estructura de la industria nacional.

En diez años, el Estado argentino salió de la postración y de la impotencia. Recuperó capacidad y autonomía para actuar y decidir más allá de los lobbies. Sin embargo, las acciones para poner en pie al Estado nacional fueron estigmatizadas por ciertos opositores como meras acumulaciones de poder personal. La reconstrucción de la capacidad de implementar políticas públicas con independencia de los poderes fácticos, es intolerable para el pensamiento globalizador y para quienes sólo representan intereses particulares.

Dada la ausencia de liderazgo privado en materia de desarrollo –observable desde hace décadas–, la recuperación del Estado es la única posibilidad de contar con una herramienta de transformación económica. Diagnóstico riguroso de los problemas, planificación real, evaluación de resultados de las políticas, capacidad de aprendizaje y de autocorrección por parte de una tecnoburocracia inteligente, son requisitos para consolidar el liderazgo estatal, indispensable para que el proyecto nacional pueda profundizarse.

"Las acciones para poner en pie al Estado fueron estigmatizadas por ciertos opositores como meras acumulaciones de poder personal. La reconstrucción de la capacidad de implementar políticas públicas con independencia de los poderes fácticos es intolerable para quienes sólo representan intereses particulares."

Gustavo Mujica

Enloquecer la historia

POR RICARDO FORSTER

Desplegando una política audaz y a contrapelo de las hegemonías mundiales, subvirtiendo las "formas" institucionales; aprovechando el profundo descrédito en el que habían caído esas mismas instituciones en el giro del siglo y en medio del estallido del 2001; rescatando lenguajes y tradiciones sobre las que el paso del tiempo y las garras de los vencedores habían dejado sus marcas envenenadas; ejerciendo, con fuerza anticipatoria, una decisiva reparación del pasado que habilitó, en un doble sentido, un camino de justicia y una intensa querella interpretativa de ese mismo pasado que tan hondamente había marcado un tiempo histórico rescatado del ostracismo, Néstor Kirchner rediseñó, hacia atrás y hacia adelante, la travesía del país. Conmoción e interpelación. Dos palabras para dar cuenta del impacto que en muchos de nosotros provocó esa inesperada fisura de una historia que parecía destinada a la reproducción eterna de nuestra inagotable barbarie siempre asociada a los poderes que, desde el fondo de nuestra historia y con escasas interrupciones, han venido diseñando la trama de la desigualdad y la injusticia nacional. Ruptura, entonces, de lo pensado y de lo conocido hasta ese discurso insólito que necesitaba encontrarse con una materialidad histórica que –eso pensábamos– huía de retóricas del engaño o la autoconmiseración. El kirchnerismo, ese nombre que se fue pronunciando de a poco y no sin inquietudes, desequilibró lo que permanecía equilibrado, removió lo que hacía resistencia, cuestionó lo que permanecía incuestionable, aireó lo asfixiante de una realidad miasmática y, por sobre todas las cosas, puso en marcha de nuevo la flecha de la historia.

Con pasiones que parecían provenir de otros tiempos, los últimos años, en especial los abiertos a partir de la disputa por la renta agraria en el 2008, han sido testigos de querellas intelectuales y políticas que obligaron a cada uno de sus participantes a tener que tomar partido. Fue imposible sustraerse a la agitación de la época y a la vigorosa interpelación que el kirchnerismo le formuló a la sociedad. La política, con sus intensidades y sus desafíos, con sus formas muchas veces opacas y otras luminosas, se instaló en el centro de la escena nacional para, como hacía mucho que no sucedía, convocar a aquello que siempre estuvo en su interior aunque pudiera, en ocasiones, quedar escondido por las hegemonías del poder real: el litigio por la igualdad.

El kirchnerismo salió al rescate de tradiciones y experiencias extraviadas corriendo la pesada lápida que había caído sobre épocas en las que no resultaba nada sorprendente el encuentro, siempre arduo y complejo, de la lengua política y los ideales emancipadores, y al hacerlo desafió a una sociedad todavía incrédula que sospechaba, otra vez, que le querían vender gato por liebre. En todo caso, hizo imposible el reclamo de neutralidad o de distanciada perspectiva académica, hizo saltar en mil pedazos la supuesta objetividad interpretativa o la reclamada independencia periodística mostrando, una vez más, que cuando retorna lo político como lenguaje de la reinvención democrática se acaban los consensualismos vacíos y los llamados a la reconciliación fundados en el olvido histórico. Lo que emerge, con fuerza desequilibrante, es la disputa por el sentido y la irrevocable evidencia de las fuerzas en pugna. El kirchnerismo –lo decía en otro lugar– vino a sacudir y a enloquecer la historia. El impacto enorme de su impronta sigue irradiando alrededor de nosotros y continúa definiendo el horizonte de nuestros conflictos y posibilidades.

Un tiempo argentino, este que acaba de cumplir diez años, que no nos ahorró ni ahorra ninguna dificultad pero que también ha sido generoso en la abundancia de acontecimientos y experiencias fundamentales no sólo para nuestro presente sino, también, para esa doble deriva que nos lleva ora hacia el pasado ora hacia el futuro. Todo ha sido puesto sobre el tapete y en discusión en nuestro país, tal vez como no lo hacíamos desde hace décadas, y en el interior de un proceso de intensa y apasionada recuperación de la vida política (eje vertebrador de una democracia que no desfallezca atrapada entre las redes de los golpes de mercado, las brutales operaciones de una ficción de vodevil televisivo desplegadas por el poder mediático y de los gerenciadores que buscan dar un paso definitivo hacia el más allá de la política). Se trató, eso creo, de indagar lo que ese nombre, revulsivo para una historia inercialmente condenada a la decadencia y la fragmentación, habilitó en el interior de esta etapa argentina en la que tantas cosas del presente y del pasado fueron puestas en cuestión. El kirchnerismo, entonces, como una disrupción, como un giro enloquecedor de la historia que, por esas paradojas de la vida nacional, permitió –nos permitió– reencauzar nuestras interrogaciones y nuestros fervores tanto tiempo adormecidos. Nadie pudo ni puede permanecer indiferente ante este caudaloso retorno de la política y, sobre todo, de una voluntad de transformación capaz de poner en cuestión las certezas supuestamente inconmovibles del fin de la historia y de la muerte de las ideologías. Incluso la derecha ha tenido que salir de las sombras para disputar una hegemonía que fue perdiendo de manera insospechada.

Pocos, muy escasos, acontecimientos políticos han despertado tantas polémicas, tantas querellas y tantas pasiones como el abierto por la irrupción de esta extraña figura proveniente del sur patagónico. En Néstor Kirchner y, con una potencia duplicada por el propio dramatismo de una muerte inesperada, en Cristina Fernández se ha desplegado lo que pocos creían que podía volver a suceder en el interior de la realidad argentina: la alquimia de voluntad, deseo y audacia para torcer una historia que parecía sellada. El retorno, bajo las condiciones de una particular y difícil época del país y del mundo, de la política como ideal transformador y como eje del litigio por la igualdad. Ese es el punto de inflexión, lo verdaderamente insoportable, para el poder real y tradicional, que trajo el kirchnerismo: el corrimiento de los velos, el fin de las impunidades materiales y simbólicas, la recuperación de palabras y conceptos arrojados al tacho de los desperdicios por los triunfadores implacables del capitalismo neoliberal y revitalizados por quienes, saliendo de un lugar inverosímil, vinieron a interrumpir la marcha de los dueños de lo que parecía ser el relato definitivo de la historia.

Por eso éstas y otras páginas escritas en los últimos años intentan, sin neutralidades hipócritas ni análisis revestidos con los ropajes de una falsa objetividad, penetrar en el vértigo de esta década en la que no se nos ahorraron dificultades ni se nos ahorraron exigencias de orden político y moral. Por eso, también, una escritura tocada por las urgencias del presente y por las interpelaciones de la vida política, esas que no permiten hacerse los distraídos a la hora de tener que tomar partido. Porque si algo ha quedado claro en estos años turbulentos y extraordinarios es que se ha vuelto imposible mantener la neutralidad sustrayéndose a las demandas que provienen de una realidad en continua agitación. Lo inaugurado por Néstor Kirchner en mayo de 2003 ayudó a conmover la lógica del statu quo, al mismo tiempo que rehabilitaba la lengua política como instrumento de transformación. En todo caso, y tomando algunas de las consecuencias abiertas por el estallido de diciembre de 2001, se lanzó, sin pedir permiso ni esperar que se lo dieran, a romper el continuum de una historia destinada a reproducir el estado de inequidad e injusticia de un país que no lograba sustraerse a la voracidad destructiva del establishment económico, financiero y mediático. Tal vez en esto último radique uno de los rasgos esenciales de lo que el kirchnerismo ha venido a conmover en el interior de nuestra sociedad. Abrir, nuevamente, los canales de la política y de la participación rompiendo la hegemonía de un discurso y de una práctica de la desmovilización social y de la apatía ante los destinos del país. El kirchnerismo, se esté de acuerdo o no con él, no dejó nada intocado ni se dejó ganar por la inercia decadentista que venía surcando de lado a lado la vida argentina. Vino, en el mejor de los sentidos, a conmover a la ciudadanía conmoviendo el estancamiento y la repetición malsana de un destino previamente escrito. Pero lo hizo sin eludir los conflictos que inevitablemente irían estallando a medida que se profundizara en ese camino contrahegemónico y sostenido en la imperiosa necesidad de reintroducir en la escena nacional el litigio central de toda política que, desde los albores griegos, no es otro que el que surge de la demanda de los incontables de la historia por darles forma ampliada a las promesas de la igualdad democrática. Si ésa ha sido y sigue siendo la contribución del kirchnerismo a este tiempo argentino creo, con sinceridad, que su potencia y proyección seguirán interpelando los años por venir. Mientras tanto la historia sigue su curso sinuoso y –eso parece– tendremos que seguir interpelándola. Ella, por su cuenta, no dejará de interrogarnos y desafiarnos.

"La política, con sus intensidades y sus desafíos, con sus formas muchas veces opacas y otras luminosas, se instaló en el centro de la escena nacional para, como hacía mucho que no sucedía, convocar a aquello que siempre estuvo en su interior aunque pudiera, en ocasiones, quedar escondido por las hegemonías del poder real: el litigio por la igualdad."

AFP

Lo frágil

POR MARÍA PÍA LÓPEZ

El presidente que asumió hace diez años tenía una escasa legitimidad electoral –el 20 por ciento de los votantes–, en una sociedad desconfiada y movilizada, y se hacía cargo de instituciones devastadas. Supo del corte necesario: transformar el modo de gobierno, gestar un umbral ético y volver a pactar con el activismo social. De allí las ideas de no criminalizar la protesta y de juzgar el terrorismo de Estado. Que serían acompañadas con políticas reparatorias y atenuantes de las dimensiones más catastróficas de la crisis y con una estrategia económica centrada en el mercado interno. El kirchnerismo surgió así a partir de una serie de hechos de gobierno, producidos no en la soledad de las decisiones –como muchas veces se le achacó–, sino en el diálogo con las militancias sociales y políticas previas.

Cualquier gobierno se engalana con la idea de gobernar para el todo, pero lo hace desde las particiones conflictivas que hay en una sociedad. Las políticas son, en definitiva, decisiones sobre las minorías con las cuales se establece una relación privilegiada para hacer de los valores o intereses de esos grupos una estrategia general. Ocurrió así con las tenaces demandas de justicia de los organismos de derechos humanos, con la laboriosa producción de una modificación al sistema de medios audiovisuales, con la ampliación de derechos al variopinto arco de las elecciones sexuales. Lo nuevo, entonces, fue el tipo de minorías con las cuales se constituyeron relaciones privilegiadas: una ley sobre los medios surgiendo de la coalición de los 21 puntos y de los foros de debate es lo contrario a un decreto producido por los gabinetes jurídicos de grupo mediático más concentrado.

El kirchnerismo se conformó a partir de una serie de hechos de gobierno, actos simbólicos, enunciados discursivos y estrategias de legitimación. El punto de inflexión, se sabe, es el 2008. Cuando el conflicto por las retenciones agrarias hizo callejera la partición social y reveló hasta qué punto las decisiones de un gobierno, construidas en relación a la totalidad, conllevan conflicto y parcialidad. Redistribución se llamó a esa cuestión, para decir que para que más personas tengan más acceso era necesario que otros tuvieran menos de lo que creían tener los últimos derechos. Clases dominantes que ya habían olvidado los riesgos de la catástrofe social marcharon en son de guerra. En ese año surgiría un rostro singular del kirchnerismo: agonista y conflictivo, ligado a la constitución de disputas por la distribución de las riquezas, la democratización de zonas del poder y a la ampliación de derechos.

De esos días de cortes y sueños de destitución también surgió como fuerza movilizada: el camino hacia las militancias que se reconocían en relación al nombre de los presidentes y a un encuadramiento de las anteriores. Se abrió el camino, a la vez, hacia lo que hoy se nombra como Unidos y Organizados, y a la partición binaria de la escena política. Hoy hay dos partes fundamentales –oficialismo y oposición– que subsumen a su interior toda otra diferencia. Si la alianza electoral oficialista va de Hebe de Bonafini a Gildo Insfrán, entre los opositores cunde la pasión por desplazarse a la derecha y no renegar de ninguna articulación subordinada a la derecha previa y realmente existente en la Ciudad de Buenos Aires. Partición en dos, que subsume y rearticula diferencias y conflictos. Que por un lado reduce a murmuración la disidencia con los pasos desdichados de los aliados y, por otro, confrontación con todo lo que surge de la vereda opuesta. Cada tanto, alguien recuerda que muchos valores se arrojan por la borda con ese mecanismo, pero esa protesta suele quedar como molestia momentánea ante una realidad ineluctable. La partición binaria tiene correlato o expresión en las narrativas mediáticas. Leer un diario es tomar partido y un ciudadano con un *Clarín* en el colectivo es un embanderado.

Pero si la oposición se desarma y se refuerza por la misma lógica binaria, el gobierno no puede aceptarla. Por un lado, porque esa partición deja exánimes las potencias productivas de su afuera, al colocar todo bajo la interrogación de su lugar en las trincheras definidas. Por otro lado, porque la función gubernamental obliga a hablar para aquellos que no están convencidos. Aceptar la partición refuerza la identidad militante pero a la vez difumina la capacidad de interpelar a amplias capas de la población no militante. La partición se liga a la intensidad de las minorías que siguen o participan activamente de la vida política, pero coexiste con la apatía pública con la cual las mayorías suelen acompañar cada época. Muchas de las intervenciones culturales del Gobierno o las propuestas mediáticas para el debate político le hablan a la intensa minoría de convencidos más que a la masa de sus votantes efectivos y menos aún de los que eluden toda identificación en la lidia política.

Los problemas que se avizoran al cierre de la década son bien distintos a los de su inicio, pero no menos relevantes para ser atendidos. El kirchnerismo se desplegó sobre un país dañado y agobiado por la catástrofe, imaginó políticas y generó entusiasmos. Demostró ser la fuerza con más capacidad inventiva y disposición al riesgo. Hizo ejercicio de la diferencia respecto del propio partido del cual provenía. Por su propia novedad –surgir de la debilidad y consolidarse en momentos agonísticos– no puede desprenderse del halo frágil. Así, cada semana es una disputa respecto de su propia capacidad de resultar triunfante en las transformaciones encaradas y hasta un cómico periodista parece minar los fundamentos de su legitimidad última –la creencia despertada por el ex presidente muerto– en cada emisión de su folletín. Pienso que lo que surgió frágil lo será siempre, pero que ahí radica su fuerza, su capacidad de auscultar climas sociales, de interrogar grupos que le son externos, de alimentar diálogos insospechados.

"Las políticas son, en definitiva, decisiones sobre las minorías con las cuales se establece una relación privilegiada para hacer de los valores o intereses de esos grupos una estrategia general. Lo nuevo fue el tipo de minorías con las cuales se constituyeron relaciones privilegiadas."

Gonzalo Martínez

Estado, libertades y derechos

POR EDUARDO RINESI

"Una parte importante de los derechos promovidos durante estos diez años lo han sido más bien 'de arriba abajo', en un movimiento que si por un lado habla de lo avanzado de las ideas de un gobierno que estuvo y está 'a la izquierda' de la sociedad, por otro lado designa también una de las principales tareas que esperan: la de dar consistencia social a un programa de transformaciones."

A riesgo de ser latosos o evidentes, hay que empezar por decir, una vez más, que el rasgo más sugestivo de esta década de kirchnerismo es la triple recuperación de la política, de los derechos y del Estado. De la política, rescatada de la resignada pasividad con la que se había aceptado su rendición a las fuerzas económicas, mediáticas y lingüísticas que la habían sometido en el pasado. De los derechos, restablecidos como norte necesario de cualquier programa de redención social. Y del Estado, que hoy ya no imaginamos como la amenaza ni como el obstáculo para el ejercicio de la libertad, sino, en la herencia de la mejor tradición republicana (aunque esto nunca vayan a reconocerlo los liberales y los conservadores que entre nosotros se han apropiado de esta palabra y de esta tradición), como la condición para el ejercicio de esa libertad y esos derechos. En efecto, como supieron Aristóteles y Cicerón y Hegel y Moreno y Bernardo de Monteagudo, no somos libres fuera del Estado ni en contra de él, sino en él y gracias a él, y tampoco tenemos derecho a la educación ni a la jubilación ni a casarnos con quien nos dé la gana sino porque existe un Estado que promueve, defiende y garantiza esos derechos.

Que no es seguro que formaran parte de alguna cartilla de reclamos de grupos o sectores especialmente movilizados de la sociedad civil que el kirchnerismo haya sabido "escuchar" cuando llegó al gobierno en 2003. Algo de eso hubo, sin duda. Pero es más o menos evidente que una parte importante de los derechos promovidos durante estos diez años lo han sido –según una lógica propiamente jacobina que no ha estado ausente, por lo demás, de los grandes momentos de la historia de los populismos latinoamericanos– más bien "de arriba abajo", en un movimiento que si por un lado habla de lo avanzado de las ideas de un gobierno que estuvo y que está (como se dijo tantas veces) "a la izquierda" de la sociedad, por otro lado designa también una de las principales tareas que esperan ahora mirando hacia adelante: la de dar consistencia social a un programa de transformaciones que hasta aquí ha encontrado más bien en el gobierno del Estado su lado más activo, su polo "instituyente", su elemento de renovación y novedad. Y en las fuerzas más concentradas del mundo empresarial o corporativo de la sociedad civil, y en las extendidas ideologías que las acompañan y que las amparan, los elementos más hostiles y más retardatarios.

Por supuesto, no se trata de deslizarnos del antiestatalismo que signó un tramo importante de la jornada del gran pensamiento político moderno (y que entre nosotros se hizo carne, en las dos décadas previas a esta última que ahora comentamos, en las teorías de la "transición a la democracia" primero y de la "reforma estructural" después) a un estatalismo simétricamente candoroso, como si una gran cantidad de exponentes de los mejores pensamientos emancipatorios de los últimos dos siglos no nos hubieran enseñado todo lo que tenemos que saber sobre la complicidad que tienen siempre los Estados con las distintas formas de explotación, dominación u opresión del hombre por el hombre, como si no supiéramos suficientemente (y como si no tuviéramos evidencias cotidianas) del modo en que el Estado violenta y reprime a los individuos y a los grupos. Sabemos esto. Pero vemos también cómo es desde la propia cima de ese Estado (no sólo desde ahí, pero también y muy visiblemente desde ahí) que se libra hoy una de las mayores batallas de estos últimos diez años, que es la batalla contra la violencia que aún habita las zonas más oscuras de un aparato estatal mucho más intrincado que lo que a menudo tendemos a pensar.

El kirchnerismo no es una tradición de pensamiento que preceda al momento en que, casi de carambola, el reducido, activo y audaz grupo político que asociamos a ese nombre llegó al gobierno diez años atrás. El quizás excesivamente académico ejercicio de descomponer sus elementos, de aislar sus componentes, nos descubriría tal vez en él, además de lo que ya dijimos (un republicanismo avanzado, un jacobinismo social), un fuerte –y evidente– costado democrático popular, que lo ata a la gran tradición peronista de la que proviene y en la que se reconoce, y un nada despreciable conjunto de motivos que lo asocian a una familia con la que en general, en cambio, no elige identificarse, pero en la que no haría mal en reclamar una parte de su propia filiación: la liberal. Que si por un lado lo vincula con el mejor alfonsinismo, al que no por acaso ha celebrado en tantas ocasiones, por el otro da la clave en la que hay que leer algunas de sus definiciones más atrevidas y más originales, desde la eliminación de la figura de las calumnias y las injurias del mapa de las posibilidades de la censura estatal en el país, hasta los notables avances –inimaginables poco tiempo atrás– en materia de libertades civiles, sexuales e identitarias.

Pero no sé si este ejercicio, como digo, no supondría un exceso de vocación taxonómica o clasificatoria. Aunque por supuesto yerran (o se dejan arrastrar por sus prejuicios) quienes sostienen que el kirchnerismo no tiene una teoría, puede ser que esa teoría no tenga la forma más o menos libresca que surgiría de la adecuada aplicación de las categorías que he venido proponiendo: republicanismo, jacobinismo, liberalismo, populismo. No sé si es como una combinación de esos ingredientes que hay que representarse el tipo de pensamiento (original, desprejuiciado) del equipo que gobierna este país hace diez años. En todo caso, si es verdad que todas esas tradiciones se integran en ese pensamiento, también lo es que el modo en que lo hacen está determinado por una serie de factores: un fuerte sentido práctico, una aguda comprensión de los actuales desafíos del país y de la región y una gran preocupación por fortalecer las capacidades del Estado. Pensamiento del Estado y acerca del Estado, el kirchnerismo tiene hoy el desafío de ayudar a renovar los términos en los que una sociedad durante demasiados años castigada puede darse al ejercicio de pensar las condiciones de su existencia emancipada.

AFP

La comprensión histórica

POR SANDRA RUSSO

Esta es la tercera o cuarta vez que empiezo a escribir esta nota. Parecía fácil, escribir sobre los diez años de gobierno kirchnerista, o sobre la década ganada, que no es solamente un concepto político. La década ganada –y ahora tal vez encuentro un vértice para entrar en el tema– es por supuesto la perspectiva desde la que estos diez años han sido para el país una bisagra que lo ha hecho más inclusivo, más soberano y más digno. La década ganada es, además, una experiencia vital para quienes nos hemos sentido representados por este modelo. Es una década extraordinaria en lo político y en lo personal al mismo tiempo, en un compás individual y colectivo deslumbrante. Y no es que no haya habido contradicciones, ni zigzagueos, ni errores. No fuimos Alicia en el País de las Maravillas, pero algo de la década ganada le toca a esa conciencia colectiva de la ubicuidad en tiempo y espacio.

Esa conciencia colectiva indicaba que había que avanzar con la materia prima que había, pero avanzar sin aflojar. A lo largo del tiempo fuimos advirtiendo que hubo un momento para la ley de medios que no hubiese soportado ese peso dos o tres años antes, o que lo que en una primera etapa fue sospechado y acusado de pejotismo runflero iba a ir sacudiéndose esa costra sencillamente con el curso de la gestión. Creo, en síntesis, que en esta experiencia política de diez años, que habrá sido vivida de millones de maneras distintas y al mismo tiempo parecidas, que podrá tener muchas versiones de las prioridades de las cuentas pendientes, que podrá ser más o menos visceral y racional a un mismo tiempo, lo que tenemos en común es que en estos años esa experiencia nos devolvió muchas de las mejores cosas de nosotros. A mi generación le arrancó el cinismo. No nos da vergüenza hablar de amor, al contrario, nos autoafirma. Eso es de verdad una experiencia que atraviesa y que cambia. Hablar de amor político hubiese sido impensable en los treintañeros que fuimos, ese tiempo de perdedores o yuppies. Hoy la idea de los yuppies suena entre ridícula y obscena. Ya sabemos cómo y de qué trabajan los bancos como el JP Morgan.

En su discurso inaugural del 25 de mayo de 2003, Néstor Kirchner incluyó la "comprensión histórica" como uno de los pilares que lo habían puesto allí. Dijo: "Por mandato popular, por comprensión histórica y por decisión política, ésta es la oportunidad para la transformación, para el cambio cultural y moral que demanda la hora. Cambio es el nombre del futuro".

Todo lo que pasó después, y pasó tanto, derivó del punto de vista y la perspectiva histórica que irrumpieron en aquel discurso. Todo, aunque en aquel momento escuchar un discurso inaugural no sacudía a mucha gente. Veníamos de escuchar varios discursos inaugurales seguidos, pero sobre todo veníamos de años de constatar que los discursos no significaban nada, porque las palabras no significaban nada. Estábamos en riña con el lenguaje político, porque pocos dirigentes respetaban el lazo íntimo entre palabra y acción. Carlos Menem, el candidato más votado en las elecciones del 27 de abril, había prometido estar en dos horas en Japón atravesando la estratosfera, y eso no fue ni desopilante ni llamativo para los grandes medios de comunicación. El cuento del tío de la Revolución Productiva con el que Menem había ganado las elecciones de 1989 ya era cháchara en 1995, cuando fue elegido por segunda vez. La Alianza había sido un fiasco. Hasta el estallido y después, la economía seguía siendo un tema de economistas. Ese discurso inaugural contuvo todos los lineamientos de acción, pero fue después, en poco tiempo pero después, que muchos comprendieron que no se trataba de palabras, sino de una voluntad política de cambio como no habíamos visto desde el regreso de la democracia.

Para entonces Néstor ya había bajado los cuadros, había reestructurado la deuda, había cortado lazos con el FMI, había tirado abajo el ALCA, había recuperado la ESMA. La primera pelea que dio Néstor Kirchner fue la que libró contra el escepticismo. Tenía que contagiar su esperanza, que en 2003 fue poco más que un mensaje en una botella arrojada al mar. Todas esas acciones políticas fueron al mismo tiempo botellas al mar para que otros las encontraran y las leyeran. Porque en 2003 éramos náufragos. Todos Robinson Crusoe y soñadores en potencia. Cuando en el discurso inaugural él dijo: "Vengo a proponerles un sueño", algo conectó. Pero fue no la palabra, fue la palabra acompañada por la acción permanente y sin respiro la que a muchos los fue inclinando precisamente hacia sus propios sueños, que estaban dormidos.

"Sabemos a dónde vamos y sabemos a dónde no queremos ir o volver", dijo Kirchner aquel día. Es posible que él y algunos más lo supieran. Entre los que escuchábamos, muchos sabíamos a dónde no queríamos ir o volver, pero a dónde íbamos... Sinceramente, hace diez años hubiese sido imposible trazar imaginariamente este presente. Aquel discurso inaugural fue una llamada, pero lo imbatible, lo fascinante de lo que ese discurso puso en marcha fue que, a medida que pasaron los años, los hechos se fueron alineando con una verosimilitud taxativa a eso extraño, escaso y novedoso que trajeron Néstor y Cristina Kirchner para que encarnara en varias generaciones: un proyecto político.

Sus detractores sin filtro, sus críticos con el interés en el orillo insisten en que no hay tal proyecto y que de lo único que se trataba y trata y tratará siempre es de robar. Sería todo más civilizado si admitieran que hay mucha gente que quiere vivir en una democracia mucho más participativa que la liberal, y que quiere un Estado que regule a favor de los sectores populares. Pero lo que quieren borrar es precisamente la columna vertebral del presente, que es la consolidación no de un gobierno seguido de otro del mismo signo, sino de un proyecto alternativo al que triunfó allá por el '80 del siglo XIX, y que repartió las cartas entre los que siempre ganaron y los que siempre perdieron.

A diez años de aquel discurso inaugural en el que estaba inscripto el rumbo, y también el análisis, los militantes kirchneristas expresan con más claridad que cualquier otro sector ese fluir del amor político sin faja. Los jóvenes han aprendido a incluir nuestra historia reciente en la historia argentina y en la latinoamericana. La patria es el otro tampoco es un concepto, sino una experiencia. Cualquiera de estas grandes experiencias que nos han deparado estos años parte de la comprensión histórica de la que habló Néstor en el discurso inaugural: dejar de ser individuos recortados en el tiempo y en el espacio, y ser sujetos históricos enlazados con el pasado y el futuro; y en el presente, actuar en consecuencia.

"Aquel discurso inaugural fue una llamada, pero lo imbatible, lo fascinante de lo que ese discurso puso en marcha fue que a medida que pasaron los años, los hechos se fueron alineando con una verosimilitud taxativa a eso extraño, escaso y novedoso que trajeron Néstor y Cristina Kirchner para que encarnara en varias generaciones: un proyecto político."